

Un poco de historia

El quincuagésimo aniversario de la unidad Italiana

La Italia oficial se prepara este año á celebrar una fiesta puramente masónica, fiesta de usurpación y de despojo de multitud de Estados que vivían libres é independientes y tenían derecho á ello. Entre tales despojos figura uno que tiene el carácter de sacrilego: el de los Estados de la Iglesia, Estados de los que por justos é indiscutibles títulos era legítimo Soberano el Papa.

En manera alguna pueden no ya los católicos sino las personas honradas, sea cualquiera la idea que profesen, adherirse á las fiestas conmemorativas de aquel inmenso latrocinio. La moral y el derecho obligan tanto á los individuos como á los pueblos, y sostener lo contrario equivaldría á proclamar el más torpe maquiavelismo como norma de gobierno.

Ni aun el patriotismo pueden invocar los factores de la unidad italiana, llevada á cabo mediante la repugnante venta de Niza, que de capital del antiguo condado pasó á ser ciudad francesa. Y es que la revolución, como doctrinaria, ecléctica y maquiavélica es siempre contradictoria. ¿Qué diríamos los españoles del patriota que defendiera la unión ibérica mediante la entrega de una de nuestras ciudades á los franceses ó á los ingleses?

Pues ese género de patriotismo fué el de los defensores de la unidad italiana, corrompida, anárquica, vil canalla á la que no hay historiador honrado que no exerece.

Si no fuera porque los límites de un artículo obligan á la mayor concisión, reproduciríamos aquí con gusto el juicio severísimo de algunos historiadores para todos aquellos hombres que llevaron á cabo la unidad italiana, comenzando por el ambicioso y envidioso Cavour y acabando por el aventurero Garibaldi, sin excluir al rey de Cerdeña, Victor Manuel II, que mendigaba para tal empresa el apoyo de los republicanos.

Véase no obstante, por lo sintético, el siguiente juicio de César Cantú que, como italiano, debía conocer bien á la gente revolucionaria de su país y como historiador imparcial no ha de dejar de hacer justicia á sus contemporáneos:

«...Una turba iracunda, gaudente, llorona, que había gritado ¡Vivan los piemonteses, vivan los reyes constitucionales, viva la república, viva la fusión!, hubiera gritado también ¡Vivan los franceses, vivan los austriacos, viva la camarilla!..»

«En la gestación de 1848, el liberalismo se había limitado casi á combatir el sistema policiaico de los antiguos

gobiernos; así es que, descartados éstos, ya no comprendió nada más; se dió por satisfecho con la conquista de algunos pocos derechos políticos; llamó pueblo al vulgo, cobardía á la moderación. Los liberales sinceros desaprobaban esta manera de dejarse gobernar por las palabras, de esclavizar al individuo para desenfrenar á la multitud, pero callábanse para no ponerse en peligro de los excesos del populacho; ó bien asustados por los estragos que los subvertimientos políticos producen en las costumbres y en las inteligencias rompiendo el orden natural de las cosas y de los casos, comprendían el mal sin esforzarse en curarlo, se resignaban á abjurar como errores las verdades que sucumbían, avergonzados de haber esperado con exceso.»

«...Y como para que la conciencia pública se haga cómplice es necesario corromperla antes, el tranquilo y religioso pueblo turinés cada domingo era inundado de hojas, en que un cierto Blanchi-Giovini, que el Piemonte se avergonzará de haber estipendiado, blasfemaba de Cristo, de la Trinidad y de la Virgen Madre.»

«A la unidad italiana tendían las sociedades secretas y las insurrecciones que las subsegufan; bandidos y asesinos se disfrazaban con el manto del patriotismo.»

«A los primeros chispazos de la guerra, los católicos de Francia previeron que estaba amenazado el señorío pontificio; tanto es así, que Napoleón creyó necesario tranquilizarlos con explícitas seguridades de que no era la revolución la que pasaba los Alpes, sino el estandarte de San Luis; una circular del ministro Rouland á aquellos Obispos declaraba que «el Emperador lo ha meditado ante Dios, y su manifiesta sabiduría y lealtad no defraudarán á la religión ni al país; es el más firme sostén de la *unidad católica* y quiere que el Jefe de la Iglesia sea respetado en sus derechos de soberanía temporal.» Palabras que no engañaban más que al que quería serlo.»

«Las potencias protestaban contra esas violaciones del derecho público, pero no las impedían. Napoleón las desaprobaba en tanto no se habían efectuado, pero entonces se inclinaba ante la teoría de los *hechos consumados* y del *sufragio universal*, al que debía el trono.»


VI ANIVERSARIO
D. Francisco Salvá
FALLECIÓ EL 11 DE MARZO DE 1905
DESPUÉS DE RECIBIR LOS SANTOS SACRAMENTOS
R. I. P.
La Vela, del día 11 en Santa María de Gracia, y Misas, se aplicarán por el eterno descanso de su alma.
Su hermana D.^a Rosario, tía política doña Concepción Ruiz, viuda de Roig; primo, sobrino y demás familia, ruegan á Ud. se sirva tenerle presente en sus oraciones.
Los Illmos. y Rvdmos. Sres. Obispos de Cartagena y Orihuela, concedieron cincuenta días de indulgencias, por cada acto piadoso que se ofrezca por el alma del finado.

«Se ha dicho que en el fondo de todas las revoluciones está la cuestión religiosa; de la italiana puede decirse que estaba en primera línea. Tuvo principio con una exaltación devota, proclamando al Papa como regenerador de la civilización y especialmente como á redentor de Italia, mejor dicho, como á su rey. Pero bien pronto nació la reacción, y Pío IX fué calificado de *traidor á la causa nacional*. El parlamento subalpino se complació en ir desmembrando la autoridad eclesiástica hasta en el ejercicio de la administración de los sacramentos y en el supremo derecho y deber de dirigir las conciencias y de instruir las. Desde que brilló la posibilidad de unir toda la Italia bajo la autoridad del Rey del Piemonte, negábase al Papa el derecho de tener bajo su dominio á un pueblo *rehacto*.»

Hasta aquí el insigne historiador que no se trazó en su obra, por cierto ningún plan apologético.

Ahora considere el lector si es digno de celebrarse con fiestas, como las que prepara la Italia oficial, el sacrilego despojo de la Ciudad Eterna, la conducta traidora de aquellos liberales más ó menos moderados, que transigían con el populacho y con las turbas seducidas por otros liberales de peor especie ó de más fiera apariencia, «bandidos y asesinos disfrazados con el manto del patriotismo,» que difundían proclamas sediciosas y hojas llenas de blasfemias; si es lisonjero para el católico el recuerdo de la conducta acomodaticia, hipócrita y farisaica de Napoleón III ó el infame proceder de los revolucionarios que, viendo que Pío IX no aceptaba un trono fundado sobre las ruinas de otros tronos y mediante la transacción con el liberalis-

mo, despreciaron las admirables reformas político-administrativas llevadas á cabo por el Romano Pontífice para el verdadero progreso de sus Estados, las amnistías bondadosamente concedidas á los revolucionarios y la rebaja de los tributos, declarándole lisa y llanamente «traidor á la causa nacional» y usurpándole sus Estados á favor de una dinastía que vendió su cuna á Francia, lo cual, por lo visto, era un rasgo de patriotismo para aquella gente...

No extraño, pues, que la Francia católica, representada por sus Obispos, mal que pese á sus actuales gobiernos demagógicos, recobre sus fueros de *Nación cristianísima*, y volviendo la vista á su glorioso pasado, trate de organizar una contraprotesta contra las fiestas masónicas de Italia, en este mes de Marzo consagrado al Patriarca San José, Patrón de la Iglesia Universal, contra la cual, según divina promesa, no han de prevalecer las puertas del infierno.

No es extraño que el mismo Emperador de Alemania, á pesar de ser protestante, se niegue á ir de comarsa á Roma durante esas fiestas impías; que atento Guillermo II al progreso moral y material de sus Estados, respetuoso y amante de sus súbditos católicos que constituyen una gran parte de su Imperio, fomentador infatigable, con el concurso noble y desinteresado del Centro Católico alemán, del predominio militar y marítimo de Alemania, y del desarrollo industrial y mercantil de su pueblo, no había de hacer el juego á los hombres que hoy gobiernan á Italia, como descendientes de usurpadores de tan mala ralea.

¿No es cosa de pensar que España, la Nación católica por excelencia, orga-